

De la Academia a la Escuela

Pedro NAVASCUÉS PALACIO

Colomer forma parte de una generación que presenció y vivió en primera persona muchos de los cambios derivados de la transición política entre el régimen absolutista de Fernando VII y la monarquía parlamentaria de corte liberal de Isabel II. El propio arquitecto haría del Palacio del Congreso el signo inequívoco de la estabilidad y afianzamiento de aquel régimen, superadas las vicisitudes que conoció el sistema parlamentario bajo Fernando VII. Entre las instituciones que reflejaron este cambio se encuentra la Real Academia de San Fernando que, en 1844, abandonó por imperativo gubernamental la enseñanza de las artes cuando ésta había sido la razón de su inicial existencia. El texto del preámbulo del Real Decreto de 25 de septiembre de 1844 es sumamente elocuente: “Tiempo hace ya que se reclama por todos los amantes de las bellas artes una reforma radical de su enseñanza, a fin de elevarla a la altura que tiene en otras naciones europeas, dándole la extensión que necesita para formar profesores. Ciertamente es que la Real Academia de San Fernando ha desplegado siempre el más laudable celo en favor de esta enseñanza; pero escasa de medios, no ha podido menos de darla incompleta...”. De aquí nació la Escuela de Nobles Artes de la que, a su vez, se desgajarían las enseñanzas de arquitectura, en 1848, para formar con ellas la Escuela Especial de Arquitectura, aunque los títulos los siguiera expidiendo durante mucho tiempo la Academia de San Fernando, hasta que, en 1857, la Ley Moyano abrió el paso a la Escuela Superior de Arquitectura, separándola definitivamente de la Academia.

Esta secuencia y relación entre Academia y Escuela la vivió muy de cerca Narciso Pascual y Colomer, pues fue primero alumno y titulado por la Academia de la que llegaría a ser miembro de número, fue profesor y director de la Escuela Especial de



Retrato de Juan Miguel Inclán Valdés, primer director de la Escuela de Arquitectura [ETSAM].

Arquitectura (1852-1854) y, finalmente, director de la Escuela Superior de Arquitectura, entre 1864 y 1868. Ello hace ver que a pesar de las mudanzas producidas en el terreno pedagógico, de las nuevas materias y enfoques, es un hecho cierto que la presencia de los profesores académicos en la Escuela supuso en buena medida una continuidad antes que una ruptura. Como he señalado en otro lugar, el último director de la llamada Sala de Arquitectura en la Academia, Inclán Valdés, fue el primer director de la recién creada Escuela Especial de Arquitectura, cuyas enseñanzas seguían impartándose en el mismo edificio de la calle de Alcalá. Del seno de la Academia salieron sus profesores. De la rica biblioteca de la Academia salieron sus libros y estampas para formar la incipiente biblioteca de la Escuela. Los registros de matrícula de las primeras promociones de alumnos de la Escuela se encuentran en el archivo de la Academia, y así sucede con otros muchos aspectos que nos advierten de la tutela inicial que la Academia ejerció sobre la Escuela, como, por otra parte, resultaba lógico.

Del paso de Colomer por la Academia como alumno se conservan en San Fernando¹ las pruebas de repente y de pensado para los concursos generales de 1831, así como los ejercicios para recibirse de maestro arquitecto, en 1833. Pero parece razonable advertir al lector que la vinculación de nuestro arquitecto con la Academia es algo anterior y por vía familiar, pues sabemos que era hijo de Juan Pascual y Colomer,² bibliotecario y archivero de la corporación. Pero esta vinculación filial de Narciso no debe entenderse como un mero acto pasivo, pues desde 1824 y con dieciséis años era empleado de la casa como oficial de la biblioteca con destino en el Archivo, habiendo sucedido en este empleo a su hermano José Pascual y Colomer, fallecido muy joven en aquel año.³ Cuando dos años más tarde murió el padre, la Academia propuso a José Franco para suceder a Juan Pascual y Colomer como bibliotecario y archivero, pero una real orden separó ambos destinos, quedando nombrado y ascendido Narciso Pascual y Colomer como oficial de la Secretaría con destino en el Archivo, reconsiderando al alza su sueldo, que pasó de 200 a 300 ducados anuales. Se vislumbra desde aquí la buena estrella que guiaría siempre sus pasos, incluso una sospechosa y poco común estrella según he sostenido en otras ocasiones.

Para entonces, Colomer ya tenía estudios de Humanidades, Lógica, Matemáticas y Dibujo, siendo “profesor instruido en la Arquitectura, bella arte a que su genio le inclina con vehemencia según lo manifiesta su asidua ocupación en los momentos que el delicado estudio de las Ciencias pide distracción y descanso”.⁴ Nuestro futuro arquitecto conti-

¹ Estos proyectos los recogí en mi libro *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX* (Madrid, 1973, pp. 108-109, notas 100-104) donde figuran con la antigua signatura que hoy responde a la que se indica en la ficha correspondiente del presente catálogo.

² Juan Pascual y Colomer era, a su vez, hijo de Isidro Colomer, dependiente de la Academia, que murió en 1817 siendo “Teniente Conserje” (RABASF, sign 24-1/1).

³ E. NAVARRETE, “Los comienzos de la Biblioteca y el Archivo de la Real Academia de Bellas Artes e San Fernando (1743-1843). Apuntes para su historia”, *Academia*, 1989, núm. 68, pp. 291-314. Este excelente trabajo aporta noticias hasta entonces inéditas de Narciso Pascual y Colomer.

⁴ Citado por E. NAVARRETE (“Los comienzos...”, *op. cit.*, p. 306), que recoge este testimonio de una carta de Juan Pascual y Colomer dirigida al Viceprotector de la Academia en 1824.

nuó en su empleo simultaneándolo con los estudios de arquitectura y con los primeros años profesionales hasta que, habiendo ganado el concurso para el Congreso de los Diputados, debió ausentarse un tiempo de Madrid para enterarse en Francia de los “diferentes pormenores de construcción que deberán tenerse presentes al edificarse el nuevo Palacio del Congreso”, renunciando entonces al cargo de archivero que la Junta Particular de 12 de febrero de 1843 aceptó, según ha estudiado Esperanza Navarrete.⁵

Respecto a los ejercicios que se conservan de Colomer como alumno de la Sala de Arquitectura, cabe decir que ganó el concurso de 1831, cuando tenía veintitrés años, obteniendo el primer premio de segunda clase en la prueba de repente con una “Torre cuadrada para colocar un reloj en la fachada principal de la iglesia del Buen Suceso de Madrid”, que no era otra que la que se encontraba entonces en la Puerta del Sol, entre Alcalá y Carrera de San Jerónimo. Por pinturas y grabados de los siglos XVIII y XIX sabemos que la fachada de la iglesia del Buen Suceso había incorporado un reloj sobre el entablamento de su frontis tetrástilo, a los pies de una espadaña con tres campanas. El reloj era, evidentemente, un elemento añadido y no bien casado con la arquitectura pero en el que Madrid miraba su hora de tal forma que derribados el hospital e iglesia del Buen Suceso para la ampliación de la Puerta del Sol, a mediados del siglo XIX, el viejo reloj sobrevivió incorporándose a la antigua Casa de Correos, hoy sede de la Comunidad de Madrid, siendo sustituido por el actual que guarda, arquitectónicamente hablando, algunas analogías con el proyecto de Colomer. Éste vino a dibujar una propuesta de remate para la fachada de la iglesia del Buen Suceso con un cuerpo basamental de piedra y ladrillo visto, un segundo cuerpo con pilastras y frontón que alberga el reloj, y un tercer cuerpo a modo de templete rotundo en el que probablemente colgarían las campanas de las horas. Todo de una sencillez extrema.

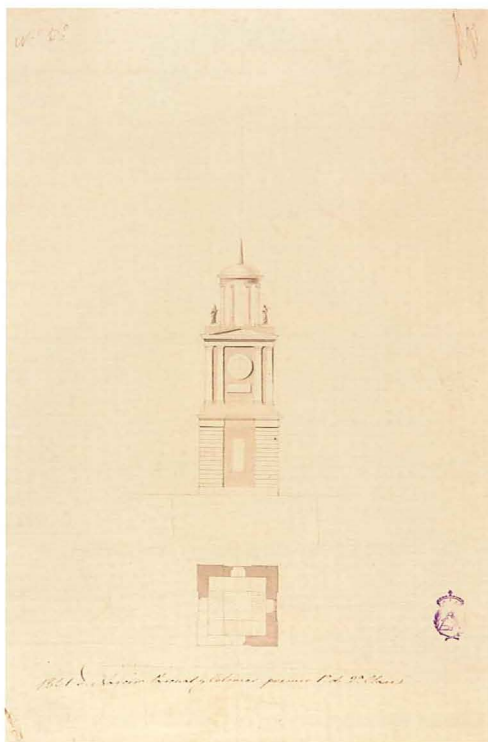
Mayor alcance como proyecto tiene la “Galería abierta y transitable distinguiendo su centro con una glorieta de un solo cuerpo, en la línea de la manzana 277, comprendida entre el ángulo de la calle Real del Barquillo y el de la Inspección General de Milicias, que mide 589 pies y sirve de entrada principal al Palacio de Buenavista”. Éste fue el tema de obligado desarrollo de la prueba de pensado en el concurso general de segunda clase de 1831, planteando, una vez más, situaciones concretas sobre nuestra ciudad. Se trataba, en definitiva, de resolver en tono monumental el acceso y recinto del palacio de Buenavista que, en 1814 el rey había cedido a la Academia.⁶ Colomer ganó el primer premio con una imponente columnata, probablemente algo excesiva, reforzando el eje de entrada y los ángulos con una composición propia de un seguidor de Villanueva y de un “alumno particular” de Custodio Teodoro Moreno. Análogas influencias pero mejor asimiladas muestran las pruebas para recibirse de maestro arquitecto en 1833, tanto en la prueba de pensado, la



Federico MADRAZO: Retrato de Custodio Moreno [BN].

⁵ E. NAVARRETE, *ibid.* p. 306

⁶ J. MARTÍNEZ FRIERA, *Un Museo de Pinturas en el Palacio de Buenavista. Proyecto de la Real Academia de las Nobles Artes de San Fernando*, Madrid, Gráficas Afrodiseo Aguado, 1942.



N. PASCUALY COLOMER: Torre de reloj para la iglesia del Buen Suceso (1831) [RABASF].



La Iglesia del Buen Suceso en la Puerta del Sol, antes de la reforma de ésta [Mus. Mun.].

“Casa de Campo para el recreo de un soberano”, como en la de repente sobre una “Puerta principal de registros de entrada a la Corte”.⁷ En aquellas mismas fechas Custodio Teodoro Moreno certificó el 15 de julio de 1833 la idoneidad de Colomer para que se le otorgara el título afirmando que hizo “bajo su dirección diferentes comisiones de reconocimiento de casas y formación de planos con toda exactitud y perfección, asistiendo además a sus obras particulares donde ha adquirido los conocimientos necesarios...”, considerándole “con la suficiencia necesaria para poner en ejecución los expresados planos y dirigir por sí cualquier obra”.⁸

El primero es un ejercicio clásico sobre un tema clásico pero desarrollado con una cierta madurez en el sentido de alejarse al mismo tiempo de la imagen tópica de la arquitectura neoclásica. Cabe ver, sí, lo que subyace del método de Durand en la planta, en esa rígida axialidad y equivalencia geométrica que contagia al jardín posterior, en el alma reticular del plano del palacio, con algún guiño concreto al segundo proyecto de Durand para el palacio proyectado en San Petersburgo⁹ en la gran crujía que une los tres cuerpos del palacio, esto es, el cuerpo del palacio propiamente dicho y los dos cuarteles de caballería e infantería respectivamente, que incorpora la escalera central y la capilla y el teatro en los extremos. No obstante, poca o ninguna referencia foránea hay aquí, pues toda la obra de Colomer discurre siempre sobre una línea muy personal donde parece tener más peso y dedicación lo constructivo que lo compositivo, aunque sin descuidarlo. Resulta esclarecedor, frente a quienes quieren ver influencias alemanas, francesas e inglesas en Colomer, la puntual cita que hace en este caso de Vitruvio y Fray Lorenzo de San Nicolás, según cabe leer en el “Informe facultativo” que acompaña a la “Casa de Campo para recreo de un Soberano”.¹⁰

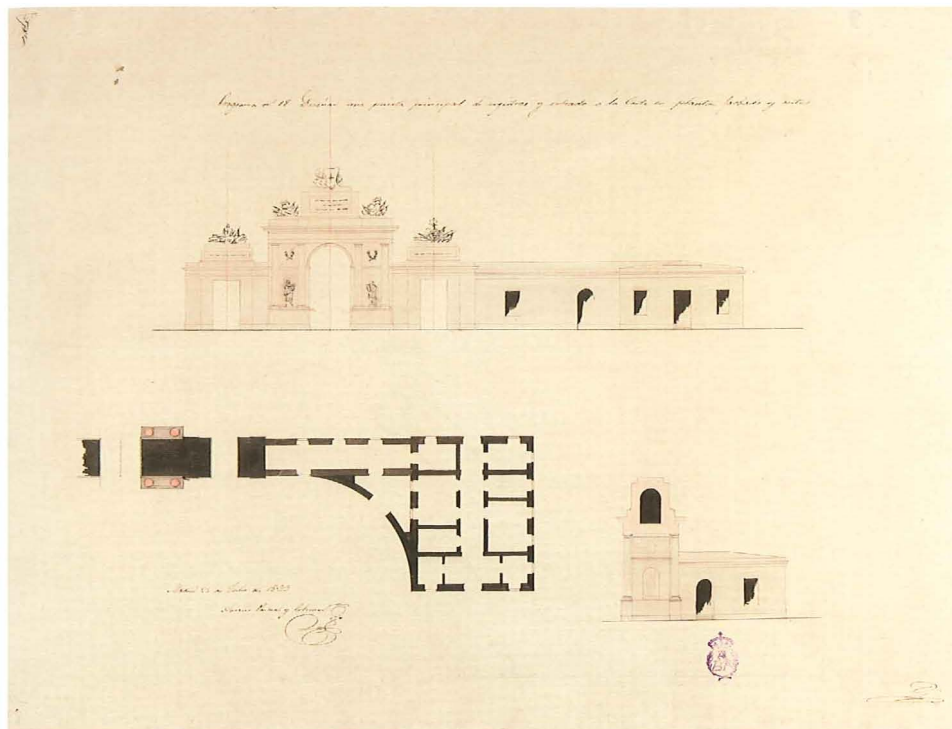
En sus fachadas, donde se habla de decoración y no de estilo ni orden, se advierte no sólo quiénes fueron sus maestros sino qué pudo ver dentro y fuera de la Academia en Madrid. Hay mucho aquí de los discípulos de Villanueva, de Antonio López Aguado y del propio Custodio Teodoro Moreno, de quien parece tomar para la planta baja de la fachada de la Casa del soberano la solución dada por Moreno a la planta baja de la fachada principal del Teatro Real, según se ve en el modelo en madera conservado en el Museo Municipal de Madrid. Si se compara este proyecto, de una gran densidad, con las tediosas soluciones columnarias de años atrás puede medirse el cambio operado no sólo en nuestro arquitecto, sino en la dirección que va tomando la propia arquitectura, en ese adiós a las utópicas formulaciones neoclásicas y académicas. El modo de hacer resaltar gráficamente la arquitectura de esta casa-

⁷ Los tres temas propuestos para esta prueba fueron los siguientes números del programa: N.º 14: Almacén en un puerto de mar con pórticos y diversas separaciones para géneros. Planta, fachada y corte; N.º 39: Diseñar una puerta principal y entrada a la corte en planta, fachada y corte (éste fue el seleccionado por Colomer); N.º 68: Una capilla principal para un Palacio Real, demostrando en planta y corte los arranques de la sacristía y tribunas (RABASF, sign. 44-2/1)

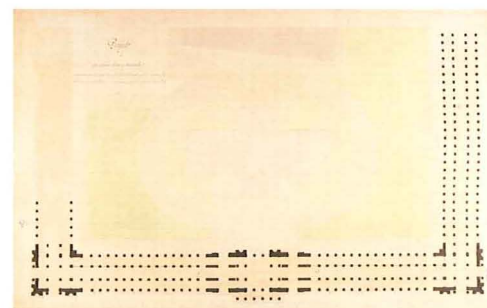
⁸ RABASF, sign. 44-2/1.

⁹ J.N.L. DURAND, *Précis des leçons d'Architecture*, París, 1817, planche 24.

¹⁰ RABASF, sign. 44-2/1: “D. Narciso Pascual y Colomer en solicitud del título de Maestro Arquitecto. Informe facultativo y cálculo del coste de una Casa de Campo para recreo de un Soberano”.



N. PASCUAL Y COLOMER: Puerta de entrada a la Corte (1833)
[RABASF].



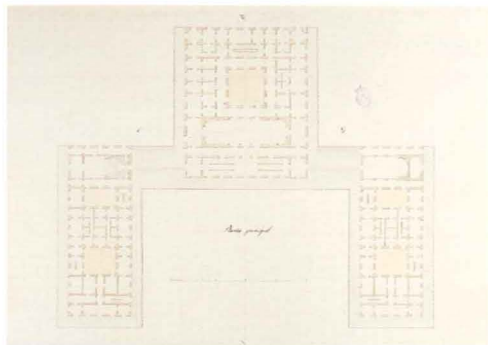
N. PASCUAL Y COLOMER: Galería para la entrada al palacio
de Buena Vista (1831) [RABASF].

palacio con el recortado perfil arbóreo del fondo, de un modo muy similar a como lo hará con el palacio del marqués de Salamanca, es un signo inequívoco del nuevo aliento romántico. Algo análogo puede decirse de la “Puerta principal”, donde el recuerdo de la Puerta de Toledo de López Aguado queda recogido en la coronación de la propuesta de Colomer. La interminable comparación de estos proyectos con los de sus condiscípulos nos haría afirmar, con el riesgo que toda generalización conlleva, que Colomer quiso desasirse pronto de aquel ferviente credo neoclásico que a otros condujo por mera y cómoda inercia durante muchos años aún. Había algo de suave ruptura con el pasado en Colomer, un anhelo de medida modernidad por un proceso de madurez propia al margen de modelos al uso, propios o extraños.

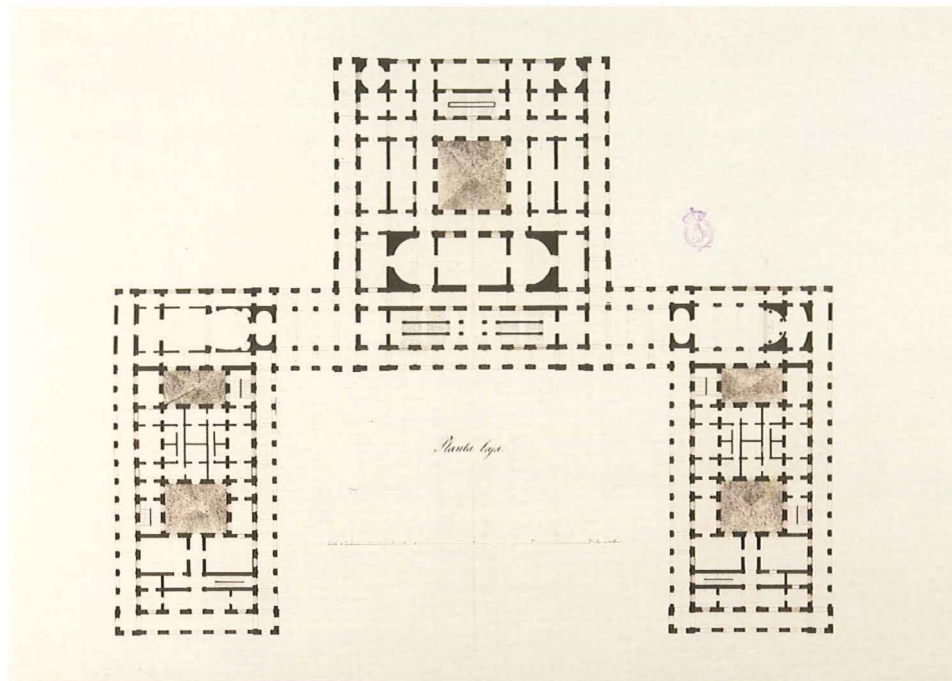
Alcanzado el título de arquitecto en 1833, obtuvo años más tarde el apoyo de la Academia para que, por real orden, se le concediera una importante cantidad en concepto de “ayuda de gastos en su empresa y viaje artístico a los reinos de Francia e Inglaterra con intento de iluminar sus conocimientos, dedicándose particularmente al estudio de la construcción y materias que entran en ella”.¹¹ El viaje lo emprendió en septiembre de 1836 y en junio de 1838 ya se encontraba de regreso, conservándose las cartas dirigidas a la Academia desde París y Bruselas, fechadas en 1837,¹² dan-

¹¹ RABASF, sign. 44-2/1.

¹² RABASF, sign. 44-2/1.

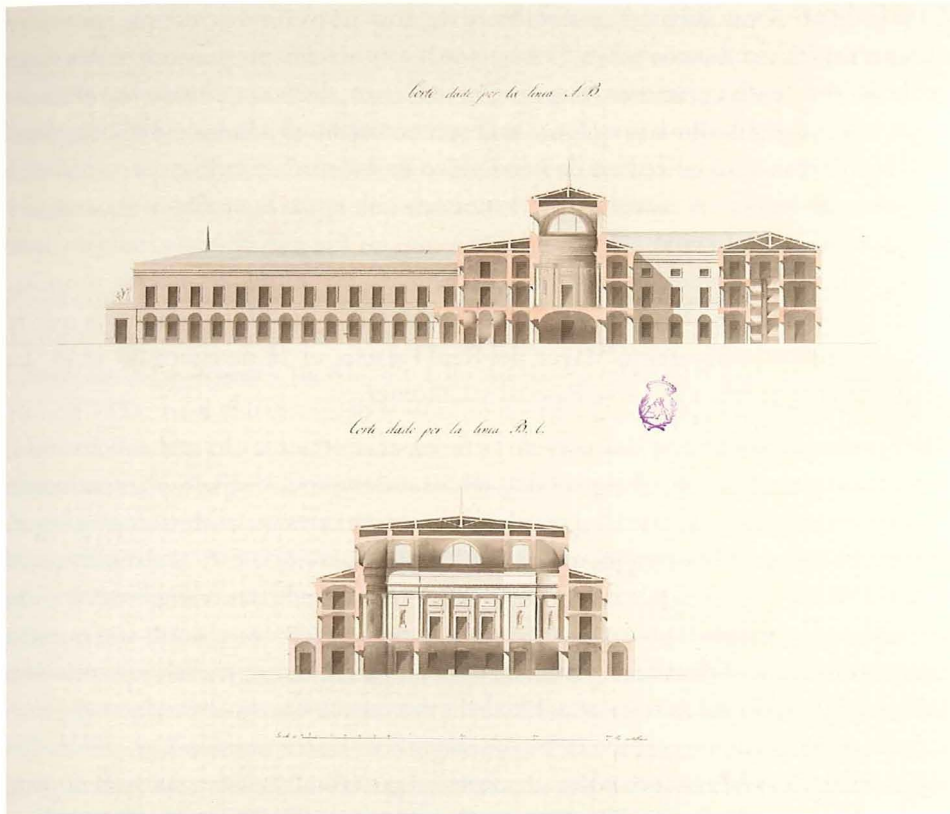


N. PASCUAL Y COLOMER: Plantas del proyecto de casa de campo para un soberano (1833) [RABASF].



do cuenta de su actividad en ambas capitales. Algunas no tienen desperdicio por adivinarse a través de ellas el mundo que descubre Colomer y cuál era verdaderamente su objetivo, muy lejano del artístico viaje a Roma tradicional entre los pensionados por la Academia. La carta, dirigida al secretario de la Academia y fechada en Bruselas el 7 de diciembre de 1837, comienza con estas palabras: “Desde que salí de España a estudiar la parte científica de la Arquitectura y más particularmente aquellas construcciones que pueden ser de mayor utilidad a nuestra patria, he procurado adquirir en París los conocimientos de Mecánica industrial que necesitaba y he venido después a visitar Bélgica, para ver puestas en práctica, en esta nación verdaderamente industrial, las teorías adquiridas en las escuelas de París. Tengo la satisfacción de anunciar a V.I. que llenaré más cumplidamente que yo esperaba mi propósito, por haber sido destinado por la Dirección de caminos de hierro, a cargo del Gobierno, a tomar parte de los trabajos de la sección de Liege a la frontera de Prusia, la más interesante por las dificultades que ofrece su construcción...”.

Al regresar y resumir el aprovechamiento de tan singular viaje, que en sí tenía más de científico que de artístico, no deja lugar a dudas sobre su verdadero alcance, advirtiéndonos de la futura vocación como profesor de construcción en la Escuela de Arquitectura: “Los progresos de la Física y la Química de 30 años a esta parte, han hecho adelantar en el arte de la construcción de una manera verdaderamente sorprendente, y más análoga a las exigencias de nuestra sociedad actual. Haciendo olvidar a los arquitectos la parte Metafísica que un tiempo los ocupó exclusiva-



mente, se agitan menos las controversias lógicas que nada han producido de positivo, y sólo se ocupan ya de la realidad, de los medios industriales capaces de aumentar nuestra riqueza...”, haciendo una serie de consideraciones sobre la cal, el yeso y el ladrillo al tiempo que se duele de que la química “es una ciencia muy poco conocida de los que en España se dedican a esta industria”, ponderando los estucos, argamasas y betunes que se elaboran en Francia e Inglaterra. Colomer, finalmente, se propone introducir “en nuestro país los nuevos métodos de fabricación que hasta el día se conocen”.¹³

En el rico archivo de la Academia de San Fernando se conserva también otro curioso escrito, firmado por Colomer el 21 de diciembre de 1843, exponiendo un “Programa sobre la historia de la arquitectura, demostrando su utilidad, la necesidad que hay en toda república bien ordenada de edificios correctos, cuáles sean indispensables y qué carácter y orden requieren”,¹⁴ que no es sino una recopilación de cuestiones de poca o nula utilidad siguiendo el “mismo sistema” propuesto por Seroux d’Agincourt (1730-1814) en su *Histoire de l’art par les monuments* (París,

¹³ RABASF, sign. 44-2/1.

¹⁴ RABASF, sign. 326/3.

1810-1823).¹⁵ A mi juicio el contenido es de muy poco interés aunque, por otra parte, arroja datos nuevos sobre Colomer y los ejercicios propuestos por la Academia, ya que, en las primeras líneas del manuscrito, declara que éste fue el asunto que él escogió “de los tres que me salieron en suerte al admitirme esa respetable Corporación a los ejercicios de Académico de Mérito” cuando se presentó el 2 de agosto de 1835.¹⁶ A continuación reconoce que entonces tenía menos años y más atrevimiento, lo cual podría inducir a que no fue admitido entonces y que ahora, siete años después, retomando el mismo asunto sí que alcanzó su propósito tras el ejercicio celebrado el 14 de febrero de 1844, un mes después de que la reina le nombrara Arquitecto Mayor del Real Palacio, el 18 de enero de 1844. La vida sonreía generosa a Narciso Pascual y Colomer.

El programa propuesto por Colomer no tiene especial atractivo, lo cual es achacable, en parte, al propio Seroux d'Agincourt, dicho sea con todo respeto y entendiendo el esfuerzo erudito del autor y lo que suponía en sus circunstancias de tiempo y lugar. Poco podía hacer Colomer que, muy probablemente, conocía este texto muy poco manejado entre nosotros por tenerlo a la mano en su condición de bibliotecario de la Academia, y en todo caso le pareció que algo podía decir en relación con nuestra arquitectura, pues nada cabía aportar en sus consideraciones generales en relación con la arquitectura egipcia o etrusca. Ello le lleva a mencionar de un modo muy general la arquitectura árabe en España “cuyos magníficos restos nos admiran en Córdoba, Granada y Sevilla”, discutiendo el supuesto origen islámico de la arquitectura gótica, también con ideas prestadas. Cita en el siglo XIV los conventos de San Pablo y San Francisco de Valladolid [sic] y dedica unas líneas, como no podía ser menos, al siglo XVI en España destacando los rasgos más sobresalientes del monasterio de El Escorial, “la sencillez sin amaneramiento, la majestad sin fausto de severidad, la religiosidad y melancolía del cristianismo”, por lo que expresaba “loor eterno a Juan de Toledo y Juan de Herrera [...] honor del pueblo español”, añadiendo luego unos comentarios sobre la capacidad expresiva de lo religioso por parte de la arquitectura “greco-romana”, esto es la del Vaticano o El Escorial, frente al monopolio exclusivista de la arquitectura gótica. Todo el texto, en definitiva, no es sino una divagación tras otra que suscita la curiosidad más que el interés.

Resumiendo la larga vinculación de Colomer con la Academia, que terminó con su fallecimiento en 1870, baste decir que a finales del año 1844 se le concedieron los

¹⁵ I. MAIARELLI, *Seroux d'Agincourt e l' Histoire de l' Art por les Monuments: Riscoperta del medioevo, dibattito storiografico e riproduzione artistica tra fine XVIII e inizio XIX secolo*, Roma, Bonsignori, 2005.

¹⁶ RABASF, sign. 44-4/1. El expediente relativo a las pruebas y examen de Colomer es muy interesante, pues permite visualizar prácticamente el ejercicio. Colomer, en su solicitud, dice que es maestro arquitecto por la Academia, así como archivero de la misma, añadiendo sus conocimientos de Humanidades, Lógica, elementos de Gramática general, Matemáticas, Física experimental, Química, Mineralogía y Mecánica aplicada a las artes, francés e italiano. Además de la disertación señalada, escogida de una terna, Colomer se comprometió a dibujar la planta, alzado y sección de la ermita de San Nicasio de Leganés, obra de Ventura Rodríguez. La Junta de examen se reunió el 14 de febrero de 1844, sin que se haga explícita la dilación del proceso desde 1835.

honores y graduación de director de Arquitectura que era un modo de quedar a la espera de cubrir la próxima vacante para poder ingresar como académico de número, cosa que sucedió en 1846, el mismo año en que unos meses más tarde fue nombrado teniente director de Arquitectura. Tras la reforma de los Estatutos de la Academia¹⁷ se le ratificó como académico de número en 1857 con la medalla número 45, pasando a ocupar el cargo de censor en 1862, primero interino y dos años más tarde titular hasta 1867.

Respecto a la Escuela diremos que Colomer se incorporó pronto al exiguo cuadro de profesores de la incipiente Escuela Especial de Arquitectura, donde enseñó *Teoría General de la Construcción* sucediendo a Inclán Valdés en la dirección de la Escuela de 1852 a 1854, para volver a serlo al final de la etapa isabelina, entre 1864 y 1868, en la que se llamaba entonces Escuela Superior de Arquitectura. Intervino muy activamente en todos los problemas relacionados con los planes de estudios que continuas disposiciones ministeriales alteraban, lo cual agravaba la siempre difícil relación de los profesores entre sí y de éstos con los directores, según se desprende de un interesante informe enviado por Colomer al director general de Instrucción Pública, en 1866, a raíz del decreto de Manuel de Orovio, ministro de Fomento, que urgía a las escuelas especiales a reconsiderar sus respectivos reglamentos.¹⁸ Colomer era partidario de suprimir asignaturas que a su juicio eran inútiles en los estudios preparatorios, como la Zoología y la Botánica, recargando “el trabajo de los alumnos de una manera tan excesiva como inútil” por su falta de aplicación en el terreno de la arquitectura, haciendo observaciones varias sobre cuestiones que afectaban tanto al método de la enseñanza como al absentismo de los profesores. Ello da medida de la honda implicación de este arquitecto tanto en las cuestiones docentes y académicas como en las profesionales, sin poder separar unas y otras dentro de su actividad.

¹⁷ P. NAVASCUÉS y M.C. UTANDE, “Breve noticia histórica de los Estatutos y Reglamento de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando”, en *Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Estatutos y Reglamento*, Madrid, 2005, pp.11-29.

¹⁸ Para este y otros aspectos de aquella primera Escuela de Arquitectura, véase el muy completo libro de J.M. PRIETO GONZÁLEZ, *Aprendiendo a ser arquitectos. Creación y desarrollo de la Escuela de Arquitectura de Madrid (1844-1914)*.